

—¿Vos la habríais solicitado, decís? ¡Ah! ¿Y no es eso como si vos mismo la hubiérais escogido? ¿Quereis darme todo y no recibir nada en cambio? ¡Nada! ¡ni aun el agradecimiento de mi pobre corazón! Eso no es humildad, es orgullo. Si yo os considerase como el instrumento pasivo que decís, ¿creéis que yo retrocedería ante la deuda que la grandeza del servicio me impone? O bien entonces ¿por qué tratáis de aminorarlo á mis ojos, empequeñeciéndos vos mismo? No, señor; tengo confianza en vos, de vos reclamo una confianza mayor. Vos sois el solo que yo conozco y quiero conocer. Vos me habeis dicho: «Tened confianza en mí y sereis salvada.» Y yo he venido, os he tendido la mano y os he respondido: «¡Creo! ¡Salvadme!» Pero sabed bien que no quiero ser salvada por otro! De vuestra parte, la protección no me humilla. Me engrandece, al contrario, á mis propios ojos, porque yo sé, yo lo adivino, que no es á la compasión sola que yo la debo. Me apoyo con una sinceridad entera en vuestro brazo. Pero ese ser desconocido que os manda, decís, me espanta; y, aceptando todo de vos, de él no quiero nada.

Estaba muy pálido, gruesas gotas de sudor corrían sobre su frente, y sus manos temblaban convulsivamente.

—¡Ah! Cipriana, ¡vos no sabéis, exclamó, de qué delicias me llenarian el corazón vuestras palabras, si me fuera permitido tener la audacia de comprenderlas! Pero no. Un obstáculo, un intervalo nos separa: mi nacimiento y mi fortuna. La alegría de protegeros... ó al menos la de combatir por vos es la única que me sea permitida en lo sucesivo. Os suplico que no me la arranquéis por vanos escrúpulos y falsas razones de dignidad.—Terminada mi obra, asegurado vuestro destino, el vizeconde de la Cruz dejará de existir. Yo me despojaré de este nombre y de este traje prestados. Partiré llevando conmigo como un eterno tesoro de dicha, la conciencia de haber contribuido á la vuestra.—Y vos también entonces, ignorando bajo qué cielo vivo, lo que soy, lo que hago, conservareis en un rincón de vuestra memoria la imagen del vizeconde de la Cruz. Es el único precio que él ambiciona por sus esfuerzos, con la alegría de saberos dichosa.

Las lágrimas me asomaron á los ojos, lágrimas de tristeza, en las cuales había quizás un poco de despecho.

Me tomó la mano, y continuó con voz dulce:

—Cipriana, sois bella y noble, sois rica. Todo recurso contra el destino no puede ser perdido para vos.

Vuestros amigos, aquellos de que no soy mas que el humilde instrumento, son poderosos, y yo no dudo que con su ayuda no consigais hacer cambiar de opinion á vuestro padre. Guardad ese triple don de la belleza, de la nobleza y de la fortuna. Un día encontrareis un hombre digno de vos, noble, bello y rico como vos, y sereis feliz como mereceis serlo. Por mi parte, estaré lejos entonces; con tal que vos os acordéis alguna vez de mí, como de un amigo, de un hermano que os ama... ¡pero cuyo destino es vivir solo!

—¡Ah! sois cruel en pensar que jamas podré ser dichosa sabiéndos aislado, y desgraciado quizás. ¡Ahora detesto esa riqueza y esa nobleza!...

—Yo no seré desgraciado, respondió meneando melancólicamente la cabeza. La via en que me he empeñado es severa; los trabajos y las pruebas que estoy destinado á encontrar no me dejarán tiempo para sufrir. No, Cipriana, el recuerdo de las dichas perdidas no es un tormento sino para los malos y los débiles. El de nuestro encuentro será siempre para mí un apaciguamiento de lo pasado, una fuerza mas en el presente y una esperanza en el porvenir. A cada uno de mis esfuerzos, á cada uno de mis trabajos realizados, me sentiré mas digno de vos, y hallaré un valor mas grande en esta convicción sagrada; no que yo pretenda jamás dar una vuelta imposible á lo pasado, sino que vos sereis para mí lo que es la estrella del cielo para el navegante en peligro. Desde lejos fijaré en vos mis ojos: vos me mostrareis el camino y yo me encontraré entonces mas firme y consolado.

Hé ahí palabra por palabra, mi querida Ursula, lo que nos dijimos en esta memorable entrevista. Salí de ella con el corazón henchido, pero confiada en M. de la Cruz como lo hubiera estado en Dios. ¡Él me salvará, estoy segura de ello! ¡Ay de mí! ¡yo no he merecido esa dicha de ser amada de él! ¡Ah! ¡cuánto quisiera que todas sus misteriosas alegaciones fuesen verdaderas y que se encontrara pobre, oscuro, y que se creyera realmente indigno de mí! Podría pues así, á mi vez, sacrificarle alguna cosa. Bien poca cosa, ciertamente. Un nombre que no ha sido hasta este día mas que una carga penosa, pues que, durante mi juventud, me ha traído desterrada de la casa natal. Una fortuna que causa mis angustias presentes, haciendo desear á mi padre que la aumente por un odioso matrimonio. ¡Oh! fortuna y nombre, ¡como yo daría los dos por ser amada de M. de la Cruz!

¡Pero no! él trata de quitarme peligrosas ilusiones; sabiendo que no puede amar jamás, crea entre nosotros obstáculos imaginarios. Todo el mundo sabe que es rico. Basta verle para reconocer que es de noble estirpe. Me miente por compasión. A mí y no á él se aplica el apólogo del insecto enamorado de las estrellas.

Pues bien, sea. La conducta que aparenta querer imponerse será el ejemplo de la mia. Yo también, una vez salvada por su adhesión, buscaré en el santuario de mi corazón un medio de hacerme mas digna de él. Yo no exhalaré un suspiro ni una queja. No derramaré ni una lágrima, y, satisfecha en apariencia con la amistad generosa que me ofrece, le amaré en silencio hasta la muerte...

El cielo está sembrado de estrellas. Pienso en el pobre gusanillo. ¡Oh! si yo tuviera alas, cómo me lanzaría hácia vosotras, serenas luminarias, para gozar de mas cerca de vuestros brillantes resplandores. Pero ¡ay! el peso de mi cuerpo me deja clavada en la tierra: estoy muy lejos de vosotras, relumbrantes estrellas. No importa, ya que vuestro centelleo llega hasta mí y arroja un reflejo consolador en mi oscuridad y en mi silencio.

Adios, Ursula; tengo ganas de llorar, y sin embargo... sin embargo, nunca me he sentido ni tan feliz ni tan ligera.

## XVI

## MARIDO Y MUJER.

A pesar del aire de indiferencia y de contento, primero fingido, y luego natural, que Cipriana tomaba delante de ella, la señora de Puysaie no era juguete de las protestas que su hija le había hecho, en un momento de entusiasmo irreflexivo. La pobre mujer sentía pesar grandes y abrumadoras cargas sobre su conciencia, cargas que conoceremos presto, — para añadir á ellas aun la de dejar, ante sus ojos, realizar la desgracia de su hija, sin hacer, por su parte, un esfuerzo en su favor, una protesta, al menos una súplica.

Ademas el momento parecía bien escogido.

M. de Puysaie, minado por una tristeza sorda, se aproximaba insensiblemente á Cipriana y á su mujer. El abandono de Nini Moustache, de esa muchacha por quien había sacrificado todo, le había anonadado. A este ser, débil con apariencia nerviosa, le era enteramente necesaria una afección que le sostuviese. — Había creído, — ¿cuál es el ser aislado y que padece que no se hace esas ilusiones?... — que Nini Moustache le era adicta realmente. ¡Oh, ciertamente! él jamás le había pedido mas de lo que ella podía darle, mas que el agradecimiento banal que el animal siente hácia aquel que le alimenta; pero ese reconocimiento, por instintivo que fuese, le bastaba. Creía haberlo merecido, y hé aquí que de repente ella le faltaba en el momento en que no tenía en el mundo sino á ella para dar reposo al corazón.

Por eso, cuando la señora de Puysaie solicitó humildemente de él una conversacion, la concedió sin vacilar.

La recibió, tendido en un sofá-camilla, — en un cuarto oscurécido á medias por las cortinas, enteramente corridas.

—¿Cuál es el motivo, señora, que me vale el honor de vuestra visita?...

—¿Vos me lo preguntais, señor... y en el momento en que sufris?

—En efecto, respondió amargamente el conde: esa es una razon excelente... — pero nadie nos oye, y uno y otro podemos buscar una mejor...

—¡Ah! murmuró la señora de Puysaie, ¡estoy perdida!... vos no me perdonareis jamás.

Su marido se incorporó con viveza.

—¡Yo no soy Dios, señora, para perdonar!...

Y volviendo á tomar su tono ligero:

—Basta de tragedia, continuó levantándose enteramente. Los maridos engañados pertenecen al repertorio cómico, — cada cual sabe eso. — Hay también, para expresar el ridículo, una frase grotesca que hace casi morir de risa á las buenas gentes y es esta: — «El amante, hé aquí el hé-

roe; el marido, hé ahí el necio.» — Por otra parte, yo tenía todas las culpas, yo era rico, aceptado por vuestra familia, cuidadoso de nuestro porvenir comun y del de nuestra raza: razones todas que hacen á un hombre pesado y fastidioso. El otro era joven, casi un niño, poético como un sueño, pobre como un pastor de Florian. No teniais mucho que vacilar, y yo habría sido un majadero en dudarlo.

Dió algunos pasos por el cuarto y apretó los puños...

—Ha tenido todo en su favor, ese pilluelo... hasta una muerte novelesca y patética en la tierra del destierro.

La señora de Puysaie estaba pálida como una muerta.

—¡Gracia, gracia! exclamó, no calumnieis la memoria del caballero de Alizes.

—¡Cómo! replicó el conde con furor, todavía le defendeis... y le amais siempre...

—¿Le he amado alguna vez?... suspiró. ¡Ah! creedme, dejemos á los muertos en su tumba. No turbemos con injustas recriminaciones la paz eterna que han conquistado con el sufrimiento, el odio y la prueba.

—Vereis presto, dijo renegando el conde, que él será el justo y yo el culpable.

—No, dijo la condesa, tendiendo hácia él sus manos suplicantes, que se veían palpar en el aire oscuro como dos palomas; — sino yo misma, yo sola. ¡Oh! reservadme todas vuestras iras, todas vuestras indignaciones, todo vuestro desprecio, Loredano, y no me oireis quejarme nunca: ¿me habeis visto ni una sola vez rebelarme cuando vuestros reproches no herian mas que á mí? Al contrario, ¿no he dado gracias y bendecido la mano que me castigaba, y que, por un sufrimiento merecido, aligeraba tanto mi expiación futura? Hacedme mas despreciable que la última de las sirvientas, mas envilecida en vuestro corazón que la mas asquerosa de las mujeres de la calle. ¡Oh! ciertamente, el castigo será terrible; no obstante, me esforzaré por sonreír, y no tendré una palabra de amargura contra vos. Pero que vuestra venganza, merecida por mí sola, no recaiga sobre los demas. No acuseis, no acuseis el recuerdo del caballero de Alizes. No hagais la eterna desgracia de mi hija, ¡de vuestra Cipriana!

—¡Mi Cipriana! murmuró el conde, y con voz retumbante, repitió: ¡Mi Cipriana! ¿Cómo os atreveis á pronunciar este nombre delante de mí? ¿Creéis con ese nombre desviar mi just...?

Se mordió los labios hasta hacerse sangre, y poniéndose de repente mas tranquilo, prosiguió:

—Eseuchad, señora, no quiero irritarme, aun menos juzgar. Ya no tengo derecho á ello. La falta, que al principio os era particular, ha llegado á ser recíproca. Yo me siento hoy dia tan culpable ó mas que vos; y el único castigo que me sea permitido imponeros, es el de revelaros la profundidad del abismo en que vos nos habeis hecho caer. Porque, mirad, la caída de una gran raza y de una gran fortuna, es semejante á la de un edificio. Por antiguo que sea su origen, interin la clave de bóveda permanezca en su puesto, el edificio resiste; pero quitada aquella primera piedra, el todo se desmorona miserablemente. Yo he sido el que he consu-





La recibió, tendido en un sofá-camilla.

mado la ruina absoluta de esta noble, de esta antigua fortaleza de honor inviolado, de grandeza sin mancha, que se llama la raza de los Puysaie. Pero sois vos, señora, la que, con vuestras blancas manos y vuestras uñas rosadas, habeis descalzado la primera piedra.

La señora de Puysaie hizo un movimiento como para responder, pero con un ademán su esposo le impuso silencio:

— Ya que vos habeis provocado esta explicacion que jamás hubiera yo tenido el mal gusto de imponeros, os suplico que no me interrumpais.

Es cierto, — pues debo decirlo todo, aun lo que parece excusaros, — que no se consultaron quizás bastante vuestros sentimientos para nuestra union. La marquesa viuda de Simeuse, vuestra única parienta, de quien dependiais absolutamente, en porvenir, fortuna y todo, ordenó por su propia autoridad un casamiento que deseaba. Estaba íntimamente ligada con todo el viejo partido de la Restauracion.

Pero, mejor que nadie, esa mujer orgullosa, y de un sentido recto, sabia que era imposible todo retroceso hácia el antiguo estado de cosas. Yo estaba en los mejores términos con la córte ciudadana. Tenia ambicion. Una fortuna inferior á mis pretensiones y mi nombre me oponia solo obstáculo. Madama de Simeuse, que habia conocido mucho á mi padre en la emigracion, y me amaba como á un hijo, resolvió enriquecernos á uno y otro casándonos, y dándonos como dote sus inmensas propiedades de la Vendée, del Poítú y de la Bretaña.

Vos no me habiais visto nunca. Tampoco yo os conocia. Vuestra educacion se habia hecho oscuramente, en una de las quintas de vuestra tia. Esta habia pedido, sin preveniros, tan segura estaba de vuestro consentimiento, las dispensas de amonestaciones de casamiento y las dispensas de edad. Una noche, un hombre de veinte y cinco años llegó en posta á Simeuse. Vuestra tia os dijo entonces: Hortensia, hé aquí

vuestro marido. Casi en seguida el alcalde se presentó con su faja en el bolsillo. Cuatro hidalgos de la vecindad sirvieron de testigos. El cura de la parroquia bendijo la union en la capilla del palacio. No tuvisteis para conocer á vuestro nuevo dueño mas que el tiempo de comer; pues contra el uso, nos habian colocado al uno junto al otro. Él fué lo mas amable que pudo; vos, encantadora, aunque muy tímida, — ¡érais tan jóven! — Luego, por la tarde, despues de los postres, ¡arrea, cochero! Aquel cuyo nombre llevariais en lo sucesivo tomó, al gran trote de su coche de posta, el camino de San Nazario, donde un buque le esperaba para trasportarle á Inglaterra. Una mision importante de la nueva córte le llamaba á Lóndres. La ceremonia de este dia era una especie de esponsales. ¡Érais, por otra parte, tan jóven! Asi fué que el verdadero casamiento quedó aplazado para el fin de la mision, es decir, de allí á seis meses.

Ya veis, Hortensia, que no he tratado de justificar nada, ni de paliar nada. Sí, me he casado con vos por pura ambicion, sin conoceros, casi por fuerza. Sí, la voluntad sola de la marquesa de Simeuse os fué impuesta, sin que ella hubiese antes intentado siquiera inquirir las necesidades de vuestro corazon. Por eso, no es de vuestro desfallecimiento de lo que os acuso, sino de la hipocresia con que lo habeis rodeado. Si, cuando volví de la mision diplomática, ¡con qué apresuramiento! (vos me habiais escrito durante mi ausencia, yo en vuestras cartas aprendí á conoceros y amaros); si me hubiéseis dicho: Yo soy vuestra esposa, M. de Puysaie, pero no puedo ser vuestra mujer. Obligándome á poner mi mano en la vuestra, mi tia ha abusado de mi juventud, violentado mi conciencia. ¡Oh! ciertamente, yo entonces hubiese sido desgraciado. Pero hoy no me reconoceria el derecho de condenaros...

Pero no, vos me habeis recibido con todas las sonrisas ingenuas, todas las ternuras sencillas de una jóven esposa feliz, y yo creí, durante algunas semanas, haber encontrado un prodigio, la union del corazon y de la razon en el matrimonio. Solamente seis meses despues, que por una via extraviada supe la permanencia clandestina del caballero de Alizes bajo mi propio techo, permanencia que no estaba sino demasiado probada ¡ay! por el nacimiento prematuro de Cipriana.

Madama de Puysaie hizo una señal de negacion. Su marido continuó no obstante:

— ¡Oh! sé bien. Esta coincidencia, cuya rareza confesareis por lo tanto, no es una prueba, es á lo mas una presuncion. Por eso no traté de explicaros desde luego mi desvío de vos y de vuestra hija. Me acusaron las gentes, y yo me dejé acusar. Me trataron de mal marido, de padre sin entrañas. Preferí esta injusticia á la revelacion de vuestra falta, que sola hubiese podido justificarme. Os permití y os permito aun que representeis ese papel de mártir. Pero cuando estamos solos, señora, ese papel cambia. Me permitireis, á vuestra vez, el desprecio, cuando vengais á tratar de ablandarme sobre la suerte de mi hija; la cólera, cuando trateis, en mi presencia, de defender contra mi legitimo odio la memoria de vuestro amante.

— ¡El caballero no lo fué nunca! ¡Cipriana, pongo á Dios por testigo, es vuestra hija!

— ¡Verdaderamente! dijo el conde. ¿Os atreveréis todavía á sostener esa afirmacion leyendo esto...?

Corrió, brincó mas bien, hácia un escritorio, y abriendo un cajon de secreto, sacó de él un papel doblado, y cuyas puntas estaban raidas en fuerza de las veces que habia sido leído.

— ¿Reconocéis esto? la dijo.

— Sí, sollozó la condesa, cubriéndose la cara con las manos.

— Escuchad lo que contiene esta carta sin fecha y sin firma, prosiguió el conde con voz firme, implacable como la del juez que pronuncia una sentencia de muerte.

« En qué abismo me habeis sumergido! si él volviese, la huella de nuestro crimen es tan evidente que yo no podría ocultársela. Este él, soy yo, intercaló amargamente el conde. « ¡No permanezcais sordo á este llamamiento supremo que os dirijo; tengo la cabeza ardiendo! me vuelvo loca! me habeis perdido; no tengo esperanza mas que en vos para salvarme! »

— ¿Es esto claro? preguntó Loredano, ¿ó es preciso aun que os lea este otro billete, que vos conocéis tan bien como el primero, este billete en el que anunciábais á vuestro cómplice el nacimiento de vuestra hija? entendeis bien! de una hija! es decir, de la que llamais mi Cipriana. ¡Vamos! profundizad vuestra fértil imaginacion. Inventad alguna mentira sutil. Justifícaos. Justificad lo cabelleresco de Alizes. Probadme que este papel es de un falsario, ó que no comprendo el sentido de las frases que contiene; ó... ¡qué sé yo! Espero, señora, y no sin alguna curiosidad, lo que podreis responderme.

— Nada tengo que responder, murmuró la condesa, sino que esos billetes son míos, y que, sin embargo, Cipriana es vuestra hija, y el caballero de Alizes inocente.

— Pero entonces, ¡desgraciada!... exclamó M. de Puysaie.

Se contuvo y volvió á dar una nueva prueba del maravilloso poder que tenia sobre sí mismo.

— Cualquiera que sea el nombre de vuestro cómplice, continuó, cualquiera que sea el fruto de vuestra falta, los resultados no dejan de ser los mismos. Estos resultados, hélos aquí: cayendo en un abismo, tanto mas negro cuanto que mi ensueño habia sido mas completo y radiante, me he levantado dolorido, casi sin vida, sin ambicion, sin ánimo, sin amor. Sí, Hortensia, yo os hubiera amado. ¡Ah! de este afecto santo, ¡cuánta fuerza no habria yo sacado!... Pero no. La sospecha se habia introducido á través de las piedras heladas de nuestro hogar helado. Era imposible ya la confianza entre nosotros. Entonces un desfallecimiento inmenso se apoderó de mí. He renunciado á mis sueños de grandeza y de fortuna. ¡Trabajar para la hija de la adúltera! ¿para qué? Me he apartado voluntariamente de los abrazos sagrados de la hija y de la esposa. Y en esta casa suntuosa, — donde se mueve un ejército de criados; en este palacio, donde vos brillais como una reina, — envidiado de todos, conociendo solo la profundidad de mi mal, he vegetado solo.



Luego, — y aquí comienza mi falta, falta cuya parte mas pesada debeis asumirla vos, — he buscado fuera lo que me era imposible encontrar en mi casa: estando perdida la dicha para siempre, he perseguido la ilusion de ella.

Esta ilusion, la he perseguido con fiebre, con delirio. Y así como todas las ilusiones ópticas, cuanto mas la perseguia corriendo hácia ella, tanto mas huía. — En esa caza ardiente y peligrosa, he perdido todo, mi energia física y moral, mis nervios y mi sangre, mi corazón y mi cerebro, mi fortuna y mi honor. Nada teneis que envidiarme, Hortensia. Soy hoy tan miserable, tan envilecido como vos misma. Podemos mirarnos con la frente alta. Ninguno de nosotros tendrá que avergonzarse del otro, así como dos presidiarios del mismo presidio, sujetos uno á otro por la misma cadena.

La tristeza, una tristeza mústia é incurable, habia reemplazado á la cólera. Sentado en un sillón con los brazos caídos, el conde parecia seguir con el ojo á través del espacio la vision de la dicha desaparecida.

— ¿Por qué, dijo madama de Puysaie con voz baja y temblorosa, hacer á una pobre niña inocente responsable de vuestras faltas? La ruina nos amenaza, decís, — ¿qué importa? La ruina, ¿no es ya la expiacion? ¡Oh! teneis razon, Loredano, yo soy la principal, yo la sola culpable, ¡y si supierais cuánto lo soy! mas aun que vos lo creéis. Mirad, todo el desprecio con que podreis abrumarme será siempre muy inferior al que me inspiro á mí misma. Seamos animosos y confiemos en Dios. Suframos sin queja y sin flaqueza la suerte que por culpa comun nuestra estamos experimentando. Teneis deudas, las pagaremos, aunque debiese yo vender mi último diamante, y trabajar con mis manos para vivir. Lavemos el pasado. No quiero conservar de él mas que un recuerdo, el de mi falta y el de las desgracias que ha causado. Las tendré ante mis ojos, así como la memoria de vuestra clemencia.

Esa clemencia, no la imploro en mi favor, me reconozco indigna de ella; para vos mismo, para vos, que sabreis un día... cuando yo haya muerto... el secreto horrible y verdadero de mi vida. Tal vez entonces os arrepentireis de una resolucion tomada con sobrada precipitacion, y la desgracia de Cipriana será para vos un cruel remordimiento.

— ¿Pero por qué no me decís todo hoy mismo? exclamó el conde de Puysaie desesperado. ¿Qué tiene de horrible vuestra confesion, para que pueda exceder en infamia á la falta de que yo os acuso?

— Por gracia, no me preguntéis mas, Loredano. No puedo ni debo, bajo pena de causar una inmensa desgracia de que me creeria responsable, revelaros mas. ¡Ay de mí! mi conciencia se pliega ya bajo una carga demasiado pesada para que pueda soportar un nuevo peso. Sabed solamente, ¡oh, sabedlo, creedlo! que Cipriana es verdaderamente vuestra hija, y que es menester amarla, protegerla, defenderla como tal.

Tened fé en mi palabra mas bien que en las apariencias engañosas de esas cartas. Prueban mi falta, pero aunque la probasen aun menos claramente, yo no vacilaria en confesarla en la humildad absoluta de mi remordimiento;

pero no prueban, no podrian probar mas, y en mi lecho de agonía, os gritaré todavía: ¡Loredano, maldecidme! pero amad, protegéd á Cipriana; Cipriana es vuestra hija.

— Os creo pues, señora, respondió el conde. Pero ya que encontráis inútil y peligroso darme todas las luces que podrian dirigir mi conducta, permitid que haga recaer sobre vos toda la responsabilidad delante de Dios. Conocéis nuestra situacion. En mi alma y conciencia, el casamiento de Cipriana es nuestra sola áncora de salvacion. Si, no obstante, creéis mas fuertes las razones secretas que os impulsan, — obrad. — Cipriana debe darme mañana la respuesta que necesito transmitir á M. Matifay. Dictádsela. — Cualquiera que sea, será respetada.

Madama de Puysaie quiso apoderarse de la mano de su marido para besársela. — Él la retiró vivamente.

— Adios, dijo, dejadme. Estoy cansado de obrar, cansado de querer, cansado de vivir. No me debeis reconocimiento, pues no cedo por clemencia sino por cansancio.

— ¡Oh! ¡Dios mio!... exclamó madama de Puysaie saliendo, ¡sed bendecido... Cipriana se ha salvado!

## XVII

## EL TIRANÓ DESCONOCIDO.

La pobre mujer habia cumplido felizmente la primera parte de su tarea. Pero un nuevo obstáculo, insuperable este, se elevó casi en seguida, bajo la forma del coronel Fritz.

Abotonado de arriba á abajo, con los labios apretados, las cejas fruncidas, esperaba con impaciencia, en el salón de entrada, el fin de una conversacion cuyo misterio tardó poco tiempo en sospechar.

Cuando vió á la señora de Puysaie, — radiante aun con esa alegría inefable inherente á todo sacrificio de lo que se ama, — adivinó que su partida oscura estaba, si no enteramente perdida, al menos muy comprometida, y que no podia levantarla sino con un golpe de audacia.

« ¡Vencer ó morir! tal era la divisa de ese terrible agiotista de almas. — Ser arrojado vergonzosamente como un lacayo del palacio de Puysaie ó gobernar en él como amo, tal era la alternativa que aventuraba audazmente, sobre una contingencia única: la firmeza ó la debilidad de la señora de Puysaie.

Se dirigió hácia ella con aire automático.

— Hortensia, dijo con voz breve, tengo que hablaros.

Al oírse llamar así y en este tono, la condesa se estremeció y levantó la cabeza como un caballo á quien un espolazo hace encabritarse. Pero, por fieramente indignada que fuera su mirada, fué necesario que la bajase ante el brillo glacial que brotaba de los ojos del coronel.

Un encarnado ardiente invadió sus mejillas y con voz suplicante murmuró:

— ¿Qué quereis hacer de mí?

Se sentia desfallecer.

El coronel se lanzó hácia ella, y con su brazo encorvado la sostuvo, y, colocando por sí mismo el de la señora de Puysaie debajo del suyo, con una sonrisa en los labios y con el aire desenvuelto de gentes que hablan en buena amistad:

— Vais á saberlo, señora.

La arrastró mas bien que no la condujo hácia el salón de confianza reservado á ella sola. Entró en él mas muerta que viva y se dejó caer en un sillón.

Él la siguió y se aseguró bien de que todas las puertas estaban cerradas, y cruzándose los brazos:

— Escuchad, dijo: quiero que nuestra hija sea rica.

— ¡Nuestra hija!

— Sí, señora: *nuestra*. En vano habeis roto todos los lazos que existian entre ella y yo. En vano me la habeis hurtado, robado; yo la volveré á encontrar un día, estad segura de ello, aunque debiese yo registrar todos los establecimientos de educacion de Paris. Pero mientras llegue ese día trabajo para ella, y no toleraré que sea despojada en favor de su hermana la señorita Cipriana de Puysaie.

— ¡Su hermana! exclamó la condesa; vos sabeis bien que no lo es.

— Lo es por vuestra parte, al menos, replicó friamente el coronel, y bajo este concepto, tiene derecho á la mitad de la herencia materna. Por otra parte, no ignoráis mas que yo que la informacion acerca de la paternidad está prohibida. Todas las precauciones que habeis tomado para impedir la reclamar en su día su nombre legal son ilusorias, os lo advierto. Yo las he tomado contrarias, que las destruyen. Tengo un certificado del doctor Toion, que ha asistido al nacimiento de Lillias, y el testimonio de los esposos Gosse, que la han educado. Nada mas fácil que establecer su identidad.

— Pero ¿qué quereis? ¿qué exigís?

— Que me ayudeis á evitar un escándalo, no obligándome á defender por medios violentos á nuestra hija, sacrificada por vos á escrupulos fuera de razon.

La condesa quiso todavía reclamar. La frialdad imperturbable del coronel detuvo toda exclamacion en sus labios.

— Escuchad, continuó. Estoy viendo que nosotros entendemos el amor paternal de una manera absolutamente diferente. No sé si conocéis la historia de cierta palomita muy avisada. Esta tiene por costumbre depositar sus huevos en el nido de alguna otra especie de pájaro, de una malviz ó de un ruiseñor, por ejemplo; pero no por eso abandona su progenitura. Posada en una rama de algun árbol inmediato, vigila cuidadosamente su nacimiento y su crecimiento. Poco á poco el animal, segun va creciendo, se hace voraz. Necesita para su existencia no solamente de la parte que sus padres adoptivos le destinan, sino todas las demas. Entonces, su familia verdadera le ayuda á su vez, y á picotazos y á aletazos, como ella puede, arroja fuera del nido al suelo, donde queda reventada, la nidada del ruiseñor ó de la cur-

ruca. Encontrareis bueno, señora, que yo siga un ejemplo que me es dado tan á propósito por la naturaleza; y os creo demasiado inteligente para hacer os la injuria de explicar de una manera mas detallada una fábula omitida por La Fontaine.

— En efecto, dijo amargamente madama de Puysaie, habeis comenzado valientemente vuestra obra, abusando de las cartas confiadas á vuestro honor, escritas á vos mismo al nacer Lillias, y habeis hecho sospechosa á Cipriana cerca de su padre. ¡Hoy ella pasa por ser la hija del crimen!... ¡Oh! poseéis el genio infernal de la intriga, y si La Fontaine ha olvidado vuestro apólogo, ¡Molière al menos no os ha olvidado á vos! Pero ¿no teméis que á fuerza de atormentarla llegue á gritar vuestra victima? ¿que á fuerza de sufrir las exigencias de vuestra complicidad, no llegue á arrancarse de ella?... ¿Si yo contase, en fin, todo á mi marido?...

El coronel meneó la cabeza con una sonrisa infernal llena de malicia é ironía.

— No lo temo; ademas, os prevengo que si lo hiciérais pondriais á M. de Puysaie en el peligro mayor que le sea posible correr. Me provocaria indudablemente en duelo, y provocándome, es muerto.

— ¡Oh! no, no, exclamó la desgraciada, no lo haré, y vos sabeis bien que esta última amenaza era inútil. ¡Tener que confesar que he tenido confianza en vos, que he podido faltar por un hombre de vuestra clase! sería á la verdad el colmo de la humillacion y de la infamia... sería rebajarme á los ojos del conde mas que esas miserables locas enamoradas del primero que se presenta, sea mozo de cordel ó lacayo. Ciertamente, si yo hubiera amado, como mi marido lo cree, segun vuestra denuncia, al caballero de Alizes, sería ya bien culpable; pero este amor, en suma, tendría algo de grande, de digno de un corazón noble y honrado que se puede confesar; pero haberos amado á vos, alma de lodo, alma traidora y de ladron! — ¡Haberos amado y confesarlo!... ¡Mas vale morir cien veces!

— Eso es lo que yo presumo, respondió Fritz saludando con aire embarazado y con una risa burlona pero forzada. Os doy las gracias, señora, porque me juzgáis de una manera tan benévola y sobre todo tan favorable á mis proyectos.

Madama de Puysaie estaba de pié, con las narices dilatadas por la ira, los ojos echando chispas, el gesto altanero, verdaderamente bella de desprecio é indignacion.

— ¡Hé ahí, — dijo dejando caer una despreciativa mirada sobre la frente inclinada del coronel, — hé ahí todo lo que puedo arrancar de él! una baja y trivial ironía. Es de la raza de las serpientes. Cualquiera cosa que haga, no puede menos de arrastrarse en el polvo. Es posible permanecer atrevido, fuerte y viril aun en la infamia; pero ¡él está condenado para siempre á la vergüenza del crimen!

— ¡Cuidado! ¡cuidado, señora! replicó sordamente el coronel, que no responda de otro modo que lo he hecho, si me obligais á ello. Vuestros humos de altivez y de desden no me imponen. Por fortuna para vos, ocultan tan torpemente la conviccion de vuestra debilidad, que, lejos de irritarme,